

**DOMINGO XXII DEL TIEMPO ORDINARIO (B)**  
**Homilía del P. Bonifaci Tordera, monje de Montserrat**  
**2 de septiembre de 2018**  
**Dt 4, 1-2, 6-8; Sant 1, 17-18, 21b-22. 27; Mc 7, 1-8, 14-15, 21-23**

Realmente, Israel era un pueblo privilegiado. Dios le había hablado y dado sus mandamientos, sus palabras que lo hacían el pueblo más sabio si las ponía en práctica, ya que manifestaría con su conducta el querer de Dios, el designio de Dios sobre el hombre.

Pero, ¿qué nos dice la Historia? Que continuamente el pueblo se apartaba de esta ley y que seguía sus instintos. Ya les recordaban los profetas que volvieran al camino recto de la ley, a la fidelidad de Dios, pero imitaban las costumbres de otros pueblos. Eran infieles a la Alianza, tenían el corazón de piedra, lejos de la fidelidad.

Jeremías les amenaza con el exilio aunque se gloriasen del templo. Amós los fustiga por sus injusticias. Isaías les dice que su culto es en vano, que sus doctrinas son preceptos humanos. Oseas les reclama amor sincero. Los salmos recalcan que Dios no quiere sacrificios, sino víctimas de acción de gracias, y hacer lo que les manda. En resumen, Dios quiere el corazón fiel del hombre. Un compromiso cordial. Porque Dios se ha comprometido personalmente en su Hijo. Dios ha querido hacer uno de nosotros y mostrarnos cómo debe ser la conducta del hombre. Nos ha enseñado cómo Dios actúa, y cómo quiere que los hombres, hechos a su imagen, actuemos para ser como es debido.

Sin embargo, parece que los hombres no nos lo hemos tomado en serio. Al parecer, continuamos haciendo lo que Jesús critica hoy en el Evangelio: le damos un culto externo quienes aún seguimos las normas cristianas aprendidas: bautizamos a los niños, los llevamos a escuelas católicas, hacen la primera comunión -quizás también la última-, incluso algunos llegan a casarse por la Iglesia... Pero eso son puntos aislados en la vida. Son plantas que no tienen continuidad. Porque, si todos estos actos no se cultivan cuidadosamente, se mueren. Y es que el compromiso de la Alianza es personal, es del corazón, es sincero. Y si el corazón no ha sido formado, educado, trabajado... no responderá a las exigencias. Se dice que los hijos han de decidir por sí mismos y que no se les debe comprometer con obligaciones, cuando todavía son inconscientes. Pero esto no se hace en todo: ya que les damos existencia, una lengua, una salud, una educación física, una cultura... sin pedirles permiso. ¿Por qué no la fe, también? Pero esta fe se debe cultivar como una semilla sembrada si queremos que crezca.

Lo que quiero decir es que si nuestra religiosidad sólo es externa -y esto es lo que nos decía Jesús al Evangelio- no tiene fuerza para prosperar. Esto es una religión fosilizada, momificada. Y Jesús vino a solicitarnos el corazón. Que lo que Dios quiere es amor y no ofrendas exteriores. El amor fusiona la persona con la persona amada. Y esto es verdad, autenticidad. Si el interior tiene vida es luminoso, los actos serán resplandecientes. Es la doctrina del sermón de la montaña. Es la enseñanza de Santiago: "La religiosidad auténtica e intachable a los ojos de Dios Padre es esta: atender a huérfanos y viudas en su aflicción y mantenerse incontaminado del mundo". Y es lo que dice San Pablo, cuando habla de los frutos del Espíritu: "amor, alegría, bondad, paciencia, fe, mansedumbre, dominio de sí. Contra estas cosas no vale la ley", ya que la supera. "Si vivimos del Espíritu, caminamos impulsados por el Espíritu". Esta es la interpretación que hace San Pablo de esta página del Evangelio.

No nos quedemos, pues, en el exterior; vayamos a las raíces y produciremos frutos de santidad. Como Jesús, seamos personas muy humanas, pero libres, porque estamos en comunión con Dios.